

aunque bajo vistosos disfraces de foralismos, regionalismos o federalismos, más o menos separatistas.

No es esa la cosmovisión histórica en que se inserta la obra de Jutglar. Simplificando líneas, diremos que pertenece más bien a la escuela de Vicens Vives, cuya hipótesis de trabajo fundamental es precisamente la visión pluralística, policentrista y «dialéctica» (centro-periferia) de la historia y el eterno presente español. En definitiva, la divergencia entre ambas visiones de lo español se centra en esta opción: *Estado unitario nacional* (eventualmente con «autonomías» territoriales a nivel administrativo, pero no a nivel político-estatal estricto «que no es negociable») frente a *Estados federales orgánicamente unidos* (con un «poder central» más o menos fuerte e indiviso). Lo que para los primeros es irreversible e incuestionable, para los segundos hay que sustituirlo por un nuevo organismo de las «nacionalidades» españolas.

Vidal ABRIL CASTELLÓ.

LARRAZ, José: *Humanística*. Para la sociedad atea, científica y distributiva. Editora Nacional. Madrid, 1972. 494 págs.

En la misma línea de *La meta de dos Revoluciones*, celebrado libro de Larraz, que agotó la segunda edición y aún hubiesen seguido otras de haberlo querido el autor, pero como «superación de aquél», según nos dice él mismo, aparece ahora *Humanística*, en la que se recogen otras publicaciones suyas anteriores como *Esquema y teoría de la Historia* (1970), *El bien común* (1971), ambos ampliados y ligeramente corregidos, más seis capítulos inéditos, todo lo cual forma el contenido del libro que presentamos con veintiún capítulos y el medio millar de páginas.

La obra es un largo recorrido que, paradójicamente el autor va llenando con brevedad y perspectiva reveladoras de su gran erudición y del mérito —propio sólo de maestros— de la concisión, es, diríamos, la historia, el «esquema esquematizado» del mundo y del hombre que, partiendo del cosmos y de sus elementos, se va a centrar, principalmente, en el «microcosmos» que es el hombre. El hombre es un *ser*, entre los seres del universo, un *ser viviente*, entre los seres vivos, *animal*, entre los animales, pero, sobre todos ellos, es un ser viviente, animal *racional*, *espiritual*, *libre* y *social*. Y formando parte de todo este mundo de los entes, el hombre tiene algo de común con cada uno de esos grupos: hay en él unas «tendencias naturales» que responden a ese triple orden óntico-cósmico, cosmo-vital, y propio del «animal rationale et sociale»; tiene unas necesidades y unos fines —muchos intermedios— y un fin trascendente y último en que termina (según una concepción cristiana y teocéntrica del hombre y del mundo) como Fin que fue, a su vez, su Principio. Dios Principio y Fin del hombre.

En todo este proceso histórico desde el comienzo de los seres hasta el fin del hombre se desarrolla la vida toda de la humanidad en una sucesión de hechos naturales, de sucesos históricos, de instituciones de



todo tipo, según los tiempos, o mejor, caracterizando y distinguiendo los tiempos y las épocas que dividen la Historia. Pero el hombre, al servicio del cual está todo lo creado, también ha de servir a los demás y a la sociedad en una conjunción armónica de bienes y de fines comunes, el *bien común*. Cosmos y microcosmos, presente y futuro humano con sus permanencias y mutaciones, sus realidades y aspiraciones, desfilan por el libro de Larraz en una concepción filosófico-teológica de la historia.

Pero una historiología ajustada a los hechos, o mejor un «movimiento director de la historia», nos permite una teorización historiológica comparando las características de tiempos y épocas lejanas en los aspectos más importantes configuradores de la realidad histórico-social (población, medios de subsistencia y producción, trabajo, propiedad, estructuras sociales, económicas y políticas) y ver en este proceso histórico comparativo la evolución e involución, el progreso y retroceso de todos estos factores. Y así, si es indudable que en la actualidad han crecido gigantescamente los factores económicos y culturales (en los países «más enriquecidos actualmente, que son los occidentales-democráticos»), ha disminuido inmensamente la religiosidad; se han hecho más graves para la Humanidad entera los efectos bélicos; y los pueblos más avanzados en riqueza, en libertad y en difusión del poder político «presentan síntomas de degeneración, especialmente en amplias zonas juveniles, rodeadas de la indiferencia de la mayoría». Una teorización historiológica nos conduce a la conclusión de que el movimiento director de la historia, mediante un aumento de las dimensiones demográficas, empresariales y de las unidades sociales totales, y una modificación de las estructuras que, funcionalmente, socializa a los hombres, jerarquizándolos e instituyendo Estados, «ha producido fabulosos incrementos de frutos económicos y culturales, al mismo tiempo que se genera el ateísmo práctico, se sufre el riesgo de una destrucción bélica incomparable con lo pasado, y surgen síntomas premonitorios de degeneración en los países más dotados». Sin embargo, esta teorización —según Larraz— «no puede estimarse aún admisible», sino que para pretender la tendencia secular de una curva, establecer la ecuación con consideración y medida de ordenadas regularmente periódicas, tendríamos que «penetrar en la entraña misma de la historia y contemplar sus principales puntos modales». Eso es lo que va haciendo —*grosso modo*— el autor, subrayando la importancia de los respectivos factores en las épocas más señaladas y por todos admitidas como divisorias de la Historia. La mayor parte de las teorías historiológicas «se vienen abajo porque la Historiología ha de ajustarse a la realidad, la cual, a su vez, propende a aproximarse, sin alcanzarlo nunca, al bien común».

Larraz ha dedicado estudios muy documentados al bien común y aquí en el libro ocupa varios capítulos (en los cuales no podemos seguirle en esta breve reseña) considerando que la doctrina del bien común requiere de la religión como factor social, de tal modo que el bien común institucional, más el *ethos* ambiental (educación y formación religiosa de los niños y adolescentes) que requiere, viene a sumarse en lo que Larraz llama el «íntegro y puro *bien común*» (pág. 367).



Pero la Historia y su teoría —dice el autor— «no cubre más que una pequeña parte de lo que probablemente contará la vida entera de la Humanidad. Hay que abrirse; hay que utilizar la intuición. ¿Qué será lo futuro?».

Aquí se abre la última parte del libro, los seis capítulos en los que su autor va exponiendo las «opiniones importantes sobre lo futuro», agrupados por materias puestas en serie según su proximidad o lejanía de los presentes, los «futuribles probables, más que Futurología», porque si existe un saber teórico de la historia, de éste pueden inferirse fundadamente, junto a *posibilidades* del futuro, notas de *probabilidad* en lo porvenir experimentalmente cimentadas. Son varias las probabilidades teóricas: la sociedad «se irá haciendo más mesocrática», la meta de dos revoluciones «se verá aproximarse enseguida», un «vigoroso renacimiento religioso» y la «necesidad de crear un poder mundial efectivo». Pero, en definitiva, la historia humana «no se debe de conceptuar como la historia de un hombre multiplicada por *n*; aquella necesidad religiosa no es sólo una probabilidad teórica, responde a una realidad: el hombre entra en sí, en su vida personal interior —*in interiore hominis*—, ve su re-ligación con Dios y comprende la posibilidad, mediante una vida virtuosa propia, Cristo y la cruz, de su salvación y de cara a la desesperanza. Cada uno de nosotros, respecto del espacio cósmico (del que el hombre forma parte como ser) y del tiempo histórico en que el hombre —ser histórico— está inmerso, «se siente infinitésimo». No obstante, a la vez, el hombre reflexivo en cuanto miembro de una sociedad política «se siente colosalmente superior al infinitésimo espacio-temporal que es». Y, muy por encima todavía si el hombre reflexivo, sobre ser miembro de una comunidad temporal «se contempla re-ligado con Dios por el sentido divino y la conciencia moral».

La Humanística —muy vieja pero que no ha muerto ni morirá—, «nos ha integrado, armónica y jerarquicamente, el bien común, la vida personal y la *religatio cum Deo*, ante el telón de la creación grandiosa y de la trágica destrucción que engendra la historia humana y su pre-visible futuro».

Por esta concepción cristiana y trascendente del hombre —anclado en el mundo pero con ansia y aspiraciones de trascendencia y eternidad—, Larraz puede sustituir con ventaja el imperativo categórico kantiano —demasiado humano— y la insalvable angustia existencialista por este otro: «Obra de tal manera que tu conducta te excite a repetir frecuentemente, con anchura de corazón, estas palabras: En Tí, Señor, está mi esperanza».

Emilio SERRANO VILLAFañÉ.

LÓPEZ QUINTÁS, A.: *El pensamiento filosófico de Ortega y D'Ors*. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1972. 434 págs.

Lo decisivo en todo pensamiento filosófico no es lo que un filósofo dice de modo expreso, sino lo que pone ante los ojos de modo implícito